SANTA TERESA DE LISIEUX

«Doctora de la Iglesia»

R.P. Allan Ross

Sus Primeros años.

Teresa Martin nació en Alenson, el 2 de enero de 1873. Era la menor de nueve hijos, pero cuatro de ellos murieron en la infancia y los cinco sobrevivientes eran niñas. Las cinco hermanas abrazaron sucesivamente la vida religiosa, cuatro de ellas, entre las cuales estaba Teresa entraron al Carmelo de Lisieux y la otra al Convento de la Visitación, en Caen.

Su inteligencia se desarrolló desde muy tierna edad. Cuando contaba apenas tres ñaños, su madre escribió de ella: ¡Qué cosita tan extraña es mi bebé! me besó el otro día diciéndome al mismo tiempo que quería que me muriera. ¡Oh! «¡Cómo quisiera que te murieras, mamita querida!». La regañé pero propuso con aire de asombro: «Pero es porque quiero que te vayas al cielo y dijiste que para ir allí tenemos que morirnos. En sus explosiones de afecto con su padre ha expresado los mismos deseos.

Cuando Teresa tenía solamente cuatro años y medio su mamá murió y el padre, salió de Alenson con sus cinco niñas, hacia Lisieux con el fin que estuvieran cerca de los parientes de la madre.

Allí vivieron en una modesta y confortable casa en las afueras de la ciudad, llamada «Les Buissonets». «Me encantó la casa que alquiló mi papá. La gran ventana desde la que se tenía una enorme vista, el jardín con flores al frente, el jardín de la cocina atrás todo esto parecía deliciosamente nuevo a mi mente infantil y este feliz hogar fue el escenario de muchas alegrías y de reuniones familiares que no podré jamás olvidar.

En cualquier otro lado me sentía yo como una exiliada. Lloré y me acongojé por aquí mi

pequeña vida se expandió y sonreí nuevamente a la vida.

Su hermana Paulina entra el convento.

Cuando tenía ocho años, la pequeña Teresa fue enviada al Convento Benedictino de Lisieux para que la educaran, pero poco después sucedió algo que alteró el cauce de su vida. Su hermana paulina quien desde la muerte de la madre había sido para ella una segunda madre, decidió entrar a la Orden Carmelita.

Esto dirigió los pensamientos y las aspiraciones de la niña hacia la vida religiosa a tal grado que habló de ello con la Madre Superiora de las Carmelitas, quien se sintió obligada a posponer indefinidamente la petición de una postulante de nueve años. Pero desde entonces la niña nunca flaqueó en su decisión de hacerse Carmelita. La veremos llegar finalmente a la meta de sus ambiciones, pero primero hubo de pasar por muchas pruebas.

Sus múltiples pruebas.

La primera fue una grave enfermedad, acompañada de extraños síntomas que desafiaron completamente la habilidad del doctor. El cuidado cariñoso de la familia no lograba resultados y no fue sino hasta durante una novena a Nuestra Señora de las Victorias que la enfermedad cejó repentinamente

En contestación a las fervientes oraciones de las hermanas, en las que tomaba parte de la pequeña paciente, la imagen de Nuestra Señora que estaba en el cuarto le pareció a la niña que avanzaba hacia ella, sonriéndole graciosamente. «De repente» escribe en su autobiografía, «la estatua se animó». La Virgen María se embelleció, tanto que nunca encontraría yo expresión adecuada que describiera tan divina beldad» . «Su cara estaba radiante de dulzura, de bondad y de una inefable ternura; pero lo que penetró hasta lo más profundo de mi ser fue su arrebatadora sonrisa. Entonces desaparecieron mis dolores. La Santísima Virgen se adelantó hacia mí, me sonrió cuan feliz soy, pensé para mí misma, pero no lo diré a nadie porque entonces esta felicidad desaparecerá»

.

Otra de sus hermanas entra al convento.

Cuando Teresa tenía trece años, su hermana mayor María siguió el ejemplo de Paulina y entró al Carmelo de Lisieux; desde ese momento hasta su propia entrada al Carmelo, dos años después, su hermana Celina fue su íntima confidente. «Celina había llegado a ser especialemente desde la Navidad, la confidente de mis pensamientos. Jesús que quería que las dos adelantáramos juntas, formó en nuestros corazones lazos más fuertes que los de la sangre. Hizo que nos volviéramos almas hermanas.»

Durante todo este período la atracción del Carmelo se volvía más intensa hasta que al fin, cuando tenía unos catorce años y medio, decidió hablarle a su padre acerca de esto. El relato de esta platica con su padre está bellamente descrito en su «Vida». Me habló como si fuera un santo, dice ella. «Acercándose a una pared me mostró unas florecitas blancas, como azucenas miniatura, y tomando una de esas flores me la dio, explicándome los cuidados que Dios había tenido para hacer que la flor creciera y para conservarla. Creí estar escuchando mi propia historia, tanto era el parecido entre la florecita y la pequeña Teresa».

Dificultades de Teresa para entrar al convento.

Pero aún cuando su padre dio tan generosamente su consentimiento, los otros permisos que eran necesarios no fueron obtenidos tan fácilmente. La superiora del convento se oponía a que entrara a tan tierna edad y el Obispo de Bayeux, ante quien Teresa fue a defender su causa aún cuando se sintió sorprendido por la precoz vocación de la niña y aun más por la generosidad del padre de ella, se sintió obligado a dar una respuesta evasiva también en vista de su extrema juventud.

Pero nada podía vencer la firme resolución de la muchacha de triunfar pasando por todos los obstáculos. Poco después su padre la llevó a Roma con una peregrinación de la diócesis de Bayeux y en el curso de la audiencia que el Santo Padre, León XIII concedió a los

peregrinos, el ardiente deseo de Teresa de hacerse Carmelita triunfó sobre su natural timidez y le dio el valor para dirigirse al mismo Santo Padre. «Santo Padre», dijo la niña en honor de su jubileo permítame entrar al Carmelo cuando tenga yo quince años.

Su valor no tuvo éxito inmediato para conseguir la ansiada respuesta, pero el Obispo de Bayeux, cuando supo posteriormente lo que había sucedido en el Vaticano, escribió al Carmelo de Lisieux dando su consentimiento a la petición de la joven postulante. Era el Día de los inocentes de 1887 y se decidió que Teresa podía entrar como postulante al Carmelo después de la cuaresma.

Teresita no era partidaria de las mortificaciones extraordinarias.

Este tiempo de espera fue pasando en oraciones y en la preparación. «Resolví» dice ella, entregarme más que nunca a una vida severa de mortificación. Al decir «mortificación» no quiero hablar de las penitencias de los santos. Lejos de parecerme a esas bellas almas que desde la infancia practicaban toda clase de disciplinas, hice consistir mi meta totalmente en destruir mi voluntad, reprimiendo toda palabra de réplica, haciendo pequeños servicios a los que me rodeaban si que se dieran cuenta y miles de otras pequeñas cosas de este tipo. Practicando estas naderías me preparaba a ser la esposa de Jesús. No podría decir lo que este tiempo de espera me hizo adelantar en el abandono, la humildad y en las demás virtudes.

Y con esto termina la vida de Teresa en el mundo. Es la preparación de un alma infantil, a la unión con Dios, en el despego absoluto como se practica en la vida religiosa de la Orden Carmelita. La flor, en palabras que podrían ser de ella misma, esta a punto de ser trasplantada del jardín del mundo para ser cultivada y embellecida más aún en el jardín secreto del Carmelo.

La vida de Teresita en el Carmelo.

Teresa entró al Carmelo de Lisieux el 9 de abril de 1888. Su toma de hábito tuvo lugar el 10 de enero del siguiente año. El período de noviciado toma unas cuantas líneas únicamente

en su vida. «Me apliqué especialmente «dice» a los pequeños actos de virtud que fueran muy secretos y así amaba doblar los hábitos que habían olvidado las hermanas y buscaba mil oportunidades distintas para hacerles pequeños servicios. Me sentía también atraída a ejercitar las penitencias, pero no se me permitía satisfacer este deseo. Las únicas mortificaciones que se me permitían consistían en mortificar mi amor propio, lo que me hacía más bien que las mortificaciones corporales... Todo esto que he relatado en tan pocas palabras requiere en realidad muchas páginas, pero éstas páginas no serán jamás leídas en la tierra».

Su profesión tuvo lugar el 8 de septiembre de 1890. Mi Jesús exclamó en el fervor de su alma ese día «concédeme el martirio ya sea del corazón o del cuerpo, o mejor concédeme ambos». Y Dios quien según su propia confesión no le negaba nada, le concedió esta petición con más abundancia que ninguna otra. Su vida en el Carmelo podría describirse como un continuo martirio más doloroso por insospechado.

Había adoptado como su lema que «uno debe llegar al límite de sus fuerzas antes de expresar ninguna queja». Las austeridades del Carmelo fueron una gran prueba para una muchachita delicada de quince años, pero las abrazó en su totalidad, sin buscar ningún alivio. Algunas veces durante su noviciado, las novicias, viéndola pálida y exhausta, trataban de obtener alguna dispensa para ella, pero la Madre Superiora rehusaba invariablemente. «Un alma de este calibre», decía no debe ser tratada como una criatura, las dispensas no han sido hechas para las almas como ésta, déjenla en paz, Dios la sostiene. Además si esta enferma, debe venir ella misma a informarlo».

La hermana Teresa amaba declarar que ella no practicaba grandes mortificaciones y sin embargo, una vez cayó enferma por usar por demasiado tiempo, una cruz con puntas de acero, puntas que habían horadado su tierna carne. «Esto no hubiera sucedido nunca por una cosa tan sútil», dijo «si no hubiera sido que el buen Dios quiso que yo aprendiera que las maceraciones de los santos no pueden ser para mí, ni para las almas pequeñas que caminan como yo de modo tan infantil.»

Estas mortificaciones externas no eran sino la manifestación aparente del espíritu de sacrificio que animaba toda su vida. En el diario de su vida, escrito en obediencia a su superiora, nos revela un espíritu de mortificación que era ya habitual en ella. Su espíritu de sacrificio se extendía hacia todo, hasta que al fin llegó a poder decir: «He llegado al punto en que no puedo ya sufrir más, porque el sufrimiento me es dulce».

¿Y quién podría decir cuáles eran los sufrimientos íntimos de esta pequeña alma heroica? terminó su autobiografía poco antes de morir, pero no fue sino hasta entonces que pudo decir: «hace ya algún tiempo, que el Divino Amo ha cambiado completamente su sistema para hacer que su pequeña flor crezca, encontrando sin duda que ya tenía bastante agua, la deja ahora crecer bajo los rayos tibios de un sol resplandeciente». Hasta entonces la aridez había sido su cruz y su sufrimiento íntimo tan intenso que pudo escribir: «Mi alma ha experimentado muchos tipos distintos de pruebas, he sufrido mucho aquí abajo. Pero ¡ay! si supiera el martirio que he estado sufriendo durante un año, que sorpresa causaría».

Y el sufrimiento, de un tipo o de otro, había sido su suerte desde el mismo principio de su vida religiosa «El sufrimiento lanzaba sus brazos hacia mí cuando vine al Carmelo y yo lo abracé amorosamente».

Su necesidad de la santidad se vio redoblada bajo estas pruebas. Le parecería que había una distancia inconmensurable entre ella y los santos y sin embargo, se decía a sí misma, Dios no le hubiera dado este ardiente deseo de santidad si no hubiera algún medio por el cual pudiera ella alcanzarla:

«Quiero encontrar un medio de llegar al cielo por un camino que sea muy corto y directo, un caminito que es bastante nuevo. Quiero encontrar un ascensor que me lleve directo a Jesús, soy demasiado pequeña para ascender la escalinata de la perfección».

Buscaba en las Escrituras la solución a sus dificultades y la encontró en estas inspiradas palabras: «Dejad que los pequeños se acerquen a mí» y «Te consolaré como a quien su

madre lo acaricia, serás llevado en brazos y acariciado en el regazo». El «ascensor» fue encontrado. «el ascensor que me llevará a los cielos son tus brazos,¡Oh Jesús!. Así no tengo necesidad de crecer sino más bien permanecer pequeña más y más cada día».

El camino fácil de la Santidad.

Así siguió siendo pequeña hasta su fin y su misión es enseñarles a las almas su caminito al cielo. » ¿Cuál es el caminito que quieres enseñarles a las almas?» Le preguntó la superiora, no mucho antes de su muerte. Madre mía contestó ella, «es el camino de la infancia espiritual; es la carretera de la confianza y de la entrega total. Quiero enseñarles los pequeños medios que he encontrado tan triunfadores; decirles que nada más hay una cosa que hacer aquí abajo y es arrojar pequeños sacrificios a los pies de Jesús y conquistar su corazón con nuestras caricias. Es así como yo lo he logrado y es por esta razón que seré tan bien recibida.»

Estas palabras resumen la historia de su alma. Es así que su breve vida se consumió en un ardiente holocausto de amor. «No tengo otro medio» exclama «de probarte mi amor para Ti, que el arrojar flores a Tus pies, es decir nunca permitir que se me escape un pequeño sacrificio, una mirada, una palabra, aprovechando hasta los más mínimos actos y haciéndolos por tu amor. Así arrojaré flores a Tus pies. Nunca pasaré junto a una sin arrancarla para Ti. Y luego cantaré, cantaré siempre, aún si tengo que buscar mis rosas entre las espinas y mi canción será más melodiosa cuando las espinas sean más largas y más agudas».

La mejor Maestra de Novicias, nunca fue nombrada «Maestra de Novicias».

Tanta era la estimación que la Hermana Teresa despertaba que a pesar de sus serias declinaciones y cuando no tenía más que veintidós años, fue puesta a cargo de las novicias, sin llevar jamás sin embargo, el título de Maestra de Novicias. Con la sencillez que brota de la verdadera humildad ha confiado a su diario sus pensamientos sobre este asunto. Dirigiéndose a la madre superiora, le dice: «usted quiere que desempeñe yo a su

lado una tarea que me parece muy dulce y muy fácil, es una misión que terminaré cuando ya esté arriba».

Me ha dicho usted, como Jesús dijo a San Pedro, apacienta mis ovejas. Me ha nombrado usted, sin embargo, para ser su compañera mayor más bien que su maestra, ordenadamente conducirlas siempre por pasturas fértiles y sombreadas, indicándoles cuáles son los mejores y más provechosos pastos, prevenirlas contra las flores de bellos colores pero venenosas, que no deben jamás tocar sin pisotear.

Pero no puede suponerse que la Hermana Teresa tomaba ligeramente la misión que le fue confiada, aún cuando la califica «muy dulce y muy fácil». Era demasiado santa para no estar agudamente consciente de la responsabilidad involucrada en tal cargo y de la necesidad de la ayuda divina. Tan pronto como entré en el santuario de las almas, ví que era una tarea más allá de mis fuerzas, por eso arrojándome rápidamente a los brazos de Dios imité a los niños que cuando se asustan esconden sus cabezas en el hombro de sus padres y dije «Señor soy demasiado pequeña para alimentar a tus criaturas». Si Tú quieres darles a través de mí lo que es necesario a cada una de ellas, tienes que ponerlo en mi mano y habiendo declarado así su propia incapacidad, se dedicó cuidadosamente a su tarea, confiado que Dios se valdría de algún modo de su juventud y su inexperiencia. Y confiesa que su confianza no fue en balde. «Nunca me sentí defraudada en mis ilusiones, mi mano estuvo llena, siempre que fue necesario alimentar el alma de una de mis hermanas.»

Se daba cuenta de que no había un método universal para dirigir almas, sino que cada una debía ser guiada de modo especial. Por lo tanto se hacía indispensable estudiar cuidadosamente el carácter y peculiaridades de cada una tratar de adivinar el camino que cada alma recorría y después alentarla a seguir ese camino del mejor modo posible. Es una tarea que resulta difícil aún para la gente más experimentada; para alguien de sus pocos años humanamente hablando imposible.

Pero no era esta la parte más difícil de su cometido, lo que encontró más difícil aún fue el

ingrato debe de corregir. «Lo que me cuesta más trabajo es observar las faltas, las más ligeras imperfecciones y declararles una guerra sin cuartel». Tan difícil lo encontraba que decía que podía comprender perfectamente la huida de Jonás cuando fue enviado a reprender a los ciudadanos de Ninive. «Prefería recibir mil reprimendas que dar una pero, siento que es muy necesario que este trabajo sea una fuente de sufrimientos para mí porque cuando uno actúa por naturaleza le es imposible al alma que comete imperfecciones entender estas imperfecciones cree que la hermana a cargo de ella está malhumorada y que descarga su estado de ánimo en ella, a pesar de que lo haga con buena intención.»

Y así a pesar de su natural repugnancia a reprender, era muy exigente en el desempeño de sus deberes. «Dios me ha dado la gracia de no temerle a la guerra, cueste lo que cueste, he de cumplir con mi deber». Nunca retrocedía ante lo que consideraba necesario, a pesar de lo que sus novicias pudieran pensar de ella. «Sé madre mía» escribe, que sus ovejitas me encuentran severa, si leyeran estas líneas dirían que no parece que me hubiera costado trabajo andar tras de ellas y señalarles las manchas de sus bellas pieles, o aún traerles pedacitos de la lana que han perdido entre los abrojos del camino. Las ovejitas pueden decirlo que quieran, sus corazones saben que las amo con un gran cariño. !No!, no podría yo imitar al pastor que cuando ve un lobo acercarse deja al rebaño y se escapa, estoy preparada para dar mi vida por ellas y mi afecto es tan puro que no quiero siquiera que ellas mismas lo conozcan.

Teresita entrevé su último fin.

Pero la hermana Teresa no estaba destinada para alimentar por mucho tiempo al pequeño rebaño puesto a su cargo. En abril de 1896, una hemorragia pulmonar le hizo entrever su ya próximo fin. «Durante la cuaresma de ese año», escribe «me sentía yo más fuerte que nunca y esta fuerza a pesar del ayuno que observé con todo rigor, me duró hasta la pascua, luego el viernes Santo, a primera hora Jesús me dió la esperanza de que pronto iría yo a unirme con El en su bella morada. ¡Oh, cuán dulce es este recuerdo para mí!. El jueves en la noche, como no había yo conseguido permiso de quedarme a velar en

el sepulcro toda la noche, regresé a mi celda a media noche. Apenas puse la cabeza en la almohada cuando sentí que algo espumeante venía a mis labios. Creí que iba a morir y mi corazón casi estalla de gozo. Sin embargo como había yo apagado mi lamparita de noche, mortifiqué mi curiosidad hasta la mañana siguiente y me dormí en paz.»

Este primer aviso fué seguido por el segundo a la noche siguiente: «Al anochecer de este feliz día (Viernes Santo), entré llena de regocijo a mi celda y me iba a dormir tranquilamente cuando mi buen Jesús me dió, como la noche precedente, la misma señal de mi próxima entrada a la vida eterna».

Pero no estaba destinada para morir inmediatamente; dieciocho meses hubieron de transcurrir antes de que la arena de su vida hubiese terminado.» Fueron meses de sufrimiento y la oscura noche de la desolación interior se le acercó con intensidad aumentada, con el fin de purificar más su alma. Durante el tiempo pascual, tan lleno de luz Jesús me hizo entender que hay en realidad almas sin fe y sin esperanza, quienes por un abuso de gracia, pierden tan preciados tesoros que constituyen la única fuente de alegría real y pura. Hizo que mi alma fuera invadida con la más densa obscuridad y el pensamiento del cielo, tan dulce para mí desde mi niñez, llegó a ser una fuente de torturas. La duración de esta prueba no fue limitada a algunos días o semanas he estado sufriendo ya por meses y espero aun la hora de mi liberación».

Teresita en el hospital sufre lo indecible y da ejemplo de soportarlo por la salvación de las almas.

La hora de su liberación ya no dista mucho, sigámosla hasta el fin de su peregrinar en la tierra para entender en los últimos meses de su corta existencia cómo Dios prepara a las almas escogidas para su Reino de los Cielos.

Aún cuando la Hermana Teresa había escuchado, hacia los fines de la cuaresma de 1896 como un murmullo dulce y lejano que anunciaba la llegada del Esposo, no fue sino hasta principios de julio de 1897 que fue finalmente relegada a la enfermería y fue allí en donde

5 meses después murió el 30 de septiembre.

Durante los últimos meses de su vida sus virtudes en medio del martirio de cuerpo y del alma que estaba atravesando, llegaron al grado del heroísmo. A pesar de las tentaciones contra la fe. Que continuamente la molestaban, permaneció fiel a su camino de confianza y abandono. «No escogería morir a vivir decía ella, y si Dios me pidiera que eligiera lo que quisiera, no podría elegir sino esto yo sólo deseo lo que Él desea, es lo que él desea lo que yo amo.

En el curso del mes de agosto permaneció algunos días como fuera de ella, implorando que rezáramos por ella. Nunca la habíamos visto en tales condiciones, en este estado de angustia inexpresable la oíamos repetir: «¡Oh cuan necesario es rezar por los que están en agonía, si se supiera!».

El mal Espíritu, también la asediaba. «El demonio anda en mi rededor, me atormenta, me sujeta con garras de hierro para evitar que yo obtenga el más ligero alivio, aumenta mis penas a tal grado que ya estoy casi desesperada. Y no puedo rezar nada más puedo ver a la Santísima Virgen y decir ¡Jesús! Oh cuan necesaria es la oración de Completas. Líbranos de los fantasmas nocturnos»

Pero al acercarse el fin de la noche de sufrimiento, el velo que esconde el futuro de los ojos humanos, pareció en este caso, haber sido frecuentemente levantado. Ella pudo con maravillosa claridad ver hacia el futuro y pronunciar palabras que, después de muerta se han hecho verdad. Parece haber tenido un conocimiento previo de su futura misión. «Después de que yo muera, dijo, un día haré que una lluvia de rosas caiga sobre la tierra».

En otra ocasión recibió a la madre superiora con una expresión inusitadamente brillante de tranquila alegría: «Madre mía, dijo, algunas notas de música lejana me acaban de llegar y pensé que ya pronto debería estar escuchando melodías incomparables, pero este pensamiento me alegró solamente por un instante, solamente una esperanza hace que mi corazón palpite más rápidamente, es el amor que recibiré y el que estoy capacitada para

dar. Siento que mi misión está a punto de comenzar mi misión de hacer a Dios amado, como yo lo amo, señalándole a las almas mi pequeño camino. Quiero vivir mi cielo haciendo bien en la tierra. No es posible ya que aún cuando están en el mismo centro de la visión beatífica, los ángeles nos vigilan. ¡No! yo nunca podré tomar descanso hasta el mismo fin del mundo, pero cuando el ángel haya dicho, el tiempo ha terminado entonces descansaré porque el número de los elegidos estará ya completo.

Cómo amaba las penas Santa Teresita.

El fin estaba próximo ya pronto Teresa estaría libre de todo sufrimiento y sin embargo esta valerosa «alma pequeña» recibía sus penas con cara sonriente. Justamente como algunos reciben la felicidad. Lo que la naturaleza rechaza como algo que debe eludirse a toda costa era buscado y abrazado por ella como lo más deseable.

«Ya hace algún tiempo» escribe ella «que el sufrimiento ha sido mi cielo aquí abajo y no puedo entender cómo será posible que yo me aclimate en un lugar en donde la felicidad reina totalmente y en donde la pena y el dolor son desconocidos. Jesús tendrá que transformar absolutamente mi alma, ya que de otro modo no podré soportar la felicidad eterna.»

«¿Porqué estás tan alegre esta mañana?» Le preguntó la madre superiora. Es porque he tenido dos pequeñas pruebas, replicó ella, «y nada me da pequeñas alegrías como el tener pequeñas pruebas».

En otra ocasión, cuando alguien le dijo: «Tus sufrimientos son terribles», ella contestó «¡No! no son terribles; ¿puede una pequeña víctima del amor considerar terrible aquello que su Esposo le manda? El, me dá a cada instante justamente lo que puedo soportar y no más y si después aumenta mi sufrimiento aumenta también El mi fortaleza».

La muerte de un ángel.

Al acercársele el fin, sus sufrimientos físicos también aumentaron. Pronto se vio

reducida a tal estado de debilidad que no podía hacer el menor movimiento sin ayuda. El hablar en su presencia aún en voz baja llegó a ser una fuente de tortura para ella. La fiebre y la opresión no le permitían hablar sin experimentar una fatiga extrema. Y sin embargo, la sonrisa no abandonaba jamás sus labios.

«Sufro mucho» decía «¡sí, mucho! pero a pesar de ello me encuentro en paz sorprendente, todos mis deseos han sido realizados; me siento llena de confianza».

«¡Oh, cómo es bueno el buen Dios!» decía a veces. «¡Sí!, debe ser muy bueno puesto que me da fuerzas para soportar todo lo que sufro».

Finalmente apuntó el alba del día eterno. Cerca de las dos de la tarde se incorporó en la cama y gritó: «Madre mía, el cáliz está colmado. ¡No! nunca hubiera yo creído posible el sufrir tanto; puedo explicarlo únicamente por mi deseo de salvar almas».

A las cuatro y media los síntomas de su agonía se manifestaron y tres horas más tarde su alma virginal había adelantado su camino hacia Dios.

«¡Oh ... te amo, mi Dios, te amo!».

Y estas fueron sus últimas palabras.

Repentinamente se incorporó, como si hubiera sido llamada por alguna misteriosa voz; abrió los ojos, brillando con paz celestial y con una felicidad indescriptible y fijó la mirada un poco más arriba de la estatua de María. Esta mirada duró aproximadamente el tiempo de un Credo y entonces su alma bendita víctima ahora del Aguila Divina, «emprendió el vuelo al Cielo».

Influencia en las almas de la vida de Santa Teresita.

Tal es la historia de la vida de la Hermana Teresa. Esta corta narración ha sido extractada de su autobiografía, pero las palabras, al ser sacadas de su versión original, no pueden dar la idea del encanto que contiene la obra cuando se la lee entera. Sabe del amor a Dios, bien

ha sido dicho de ella que las vidas de los santos nos cuentan de las flamas del Amor Divino, la vida de Santa Teresa nos hace verlas y sentirlas, las otras nos hacen nacer el deseo de amar a Dios, pero esta pone el fuego mismo en nuestras almas.

Esto es lo que un ministro presbiteriano escribió: «Hace ya dieciocho meses que llegué a conocer una traducción al ingles de la autobiografía de la Hermana Teresa del Niño Jesús. Abrí el libro aquí y allá y pronto fuí envuelto en la belleza y originalidad de los pensamientos, encontré que entre mis manos tenía yo el trabajo de un genio, a la vez que el de un teólogo y poeta de primer orden. Volviendo a la primera hoja, leí el libro de cubierta a cubierta. La impresión que de él tuve resultó ser tan duradera como extraordinaria».

Meses después de su primer estudio del libro, este mismo ministro presbiteriano fue recibido en la iglesia Católica y el párrafo anterior es un extracto de una carta que le escribió a la Madre Superiora del Carmelo de Lisieux tres días después de su ingreso.

¿Cuál es la explicación de la influencia que ejerce este libro sobre todos aquellos que lo leen?, ¿cómo puede ser que la historia de su vida, escrita por alguien que no pasaba de ser una infante, tenga el poder de influenciar tan marcadamente a hombres y mujeres de edad madura?, ¿hay alguna explicación natural de la sabiduría que envuelve al libro? busca tú, una explicación y creo que te verás forzado a admitir que la única explicación satisfactoria es que existe una sabiduría ultraterrena que Dios infunde en ciertas almas:

«Por amor a ella tendré gloria entre la multitud y honor entre los ancianos, aún cuando yo sea joven».

Y es que la madurez en la sabiduría no depende de la edad, sino de la santidad de la vida.

Expliquen, si pueden ustedes los que limitan la sabiduría del hombre al mundo material que lo rodea, o ustedes los que por poco nos harían creer que Dios no existe, o que si existe no podemos conocerlo o en cualquier caso, que El no trabaja de modo sobrenatural en el sistema universal, que El mismo ha establecido, expliquen si pueden el secreto de esta

vida extraordinaria. Tomen esta autobiografía de alguien que era poco más que una niña, léanla cuidadosamente y al ir sintiendo su encanto penetrar y envolver sus almas, pregúntense cómo es posible que la historia de su vida, escrita por alguien tan joven sea capaz de ejercitar tan profunda influencia.

¿Pueden ustedes nombrar cualquier otro libro que haya sido escrito por alguien de tan tierna edad, que pueda compararse con éste por su total belleza en la expresión y por su profundo conocimiento del significado de la vida?

Para encontrar algo semejante, ¿no sería necesario recurrir a las confesiones de San Agustín o a la autobiografía de Santa Teresa de Avila? Pero estos dos santos eran adultos y de profunda inteligencia, ambos doctores de la Iglesia. Ella una mujer que por sus dones especialísimos ha alcanzado una medida más grande de éxito que ninguna otra persona al describir los obscuros fenómenos de la vida mística. Y aún aquí la misma dificultad nos confronta la dificultad de explicar la influencia perdurable de estos libros.

Sin embargo, la Hermana Teresa de Lisieux no era más que una criatura en comparación con ellos, escribió cuando tenía únicamente veintitrés años, mientras que San Agustín escribió cuando estaba en la plenitud de su madurez y Santa Teresa de Avila cuando había ya madurado en experiencia y en edad. La Hermana Teresano tenía especiales dotes intelectuales y sin embargo su libro ha sido traducido a casi todas las lenguas europeas y aún el lejano Oriente ha ayudado a acrecentar el número de traducciones.

Dirán ustedes quizá el secreto de su encanto es su sencillo e infantil candor. Es la íntima revelación de un alma, es el revelar una vida humana y tal revelación cuando se hace sencilla y fielmente ejerce siempre una sutil influencia. Hay algo absorbente interesante en escuchar la revelación de los más íntimos pensamientos que se encuentran sepultados en el fondo del corazón humano.

¿Pero qué podría haber en los pensamientos de la Hermana Teresa que pudiera interesar a la humildad? su vida cubrió únicamente un lapso de veinticuatro años, quince de los

cuales transcurrieron en una casa humilde y los restantes nueve en un convento Carmelita. No se asoció con los grandes de la tierra, sus actos externos no estaban de ningún modo enlazados con la historia del tiempo, no había nada exterior en su vida que hiciera de tal vida interesante y sin embargo está siendo leída ansiosamente por hombres y mujeres de todas las latitudes.

La única explicación satisfactoria de la influencia de este libro es que es la historia fiel de un alma y que tal historia es precisamente la que es de interés perenne para la humanidad. Es la historia de un alma que aun durante esta vida, alcanzó en grado extremo la unión con Dios.

En el corazón de los hombres existe siempre un deseo invencible de la unión con Dios. Pueden amortiguar este deseo si así lo disponen, pueden tratar de persuadirse a sí mismos de que no existe Dios o de que si existe está más allá de nuestro conocimiento, pueden dedicarse a cosas terrenas, si a sí lo desean y así luchar por borrar Su imagen de sus corazones, pero en lo más profundo de su ser existe siempre ese instinto y cuando han agotado ya todas las formas de felicidad terrestres y encuentran que no les satisfacen ese instinto no está tan apagado como para que no pueda ser vuelto a la vida.

Una vida como la de la Hermana Teresa llega a los hombres como un destello de luz. Levanta el velo de lo no visto, les dice que el Dios nunca visto, a quien piensan quizá que no puede llegarse a conocer, puede ser conocido y amado aún en esta vida amado también con un amor más profundo y más avasallador que el que une a los humanos.

El candor trasparente de la autobiografía de la Hermana Teresa constituye la garantía de verdad, la sabiduría ultraterrena que la llena es una prueba de que no fue víctima de una ilusión. Ella describió los más íntimos trabajos de su alma, nos ha dado una historia verídica de su vida, y si lo que nos dice es verdad, entonces hay un Dios sobre nosotros que puede ser conocido y amado por los hombres de la tierra, un dios que tiende su mano a aquellos que lo buscan y que les da poder para conocerlo con una sabiduría que sobrepasa la sabiduría del intelecto humano sin ayuda y a apoyarse en El con un amor que

trasciende los poderes del afecto humano natural.

Estos son algunos de los pensamientos que brotan al meditar la autobiografía de la Hermana Teresa. Las últimas palabras de este diario pueden bien citarse aquí:

«Oh, Jesús porqué no puedo hablar a todas las pequeñas almas de tu inefable condescendencia. Yo siento que aún siendo imposible encontrarás un alma más débil que la mía. Te complacerías en cargarla con favores aún más grandes, siempre que ella se abandonara a Tu infinita misericordia con total confianza.»

«Pero ¿porqué estos deseos de hacer conocidos los secretos de tu amor, oh mi bien amado?, ¿no eres acaso Tú sólo quien me los ha enseñado y no puedes y te suplico que lo hagas, te suplico que dejes que Tu divina mirada descanse sobre un vasto número de pequeñas almas, te suplico que escojas para Ti de este mundo una legión de pequeñas víctimas merecedoras de Tu amor?»

Canonización de Santa Teresita.

El primer folleto sobre Teresita fué escrito en Lisieux en octubre de 1911 y fue publicado por la Cathlolic Truth Society en 1912 bajo el nombre de «La Hermana Teresa». Pronto se hizo necesario cambiar el título por 3 veces y llamarlo con su nuevo título oficial de «Santa Teresa de Lisieux».

Debemos recordar que ella murió el 30 de septiembre de 1897 y que su causa fue activada con celeridad excepcional.

En efecto: el Código de Leyes Canónicas de esa época, establecida que el Proceso Apostólico para decidir si una persona ha practicado las virtudes en grado heroico, no debe principiarse sino 50 años después de acaecida su muerte. Si la conclusión de este proceso es afirmativa, la persona fallecida puede ser llamada Venerable.

Esta conclusión se alcanzó el 14 de agosto de 1921, cuando en solemne decreto, publicado

en nombre de Su Santidad se declaró que la Hermana Teresa había practicado todas las virtudes en grado heroico.

La razón por la cual el Santo Padre hizo una excepción en el caso de ella al período que en esa época era de 50 años, parece haber sido por la muy especial y extendida popularidad de la joven y por las numerosas peticiones que fueron recibidas en la Santa Sede, pidiendo que se activara la causa.

El paso siguiente en la causa fué el proceso de los milagros. Si se obtiene el necesario decreto de aprobación, se sigue una discusión «con el Sumo Pontífice», sobre si es aconsejable proceder con las solebnidades de la beatificación. Si el resultado de esta discusión es favorable, el Papa expide un decreto al efecto y en el plazo que el mismo señala, la solemne Beatificación del Servidor de Dios, tiene lugar en la Basílica del Vaticano, durante la cual se expide una carta Pontificia dando permiso al culto público y veneración de la persona beatificada.

Estos distintos pasos fueron seguidos con éxito en el caso de la Hermana Teresa. El 11 de febrero de 1923, el decreto solemne de la aprobación de milagros fue oficialmente leído, el 19 de marzo el decreto «De tuto» y el 29 abril de 1923 la solemne ceremonia de beatificación tuvo lugar en San Pedro.

Un dato interesante en conexión con la solemne beatificación, fue la traslación del cuerpo de la beatificada Monja Carmelita, desde el cementerio de la Parroquia a la Capilla del Convento de Lisieux. Esto tuvo lugar el 26 de marzo de 1923. Se dice que más de 30,000 personas tomaron parte en la procesión que recorrió casi toda la Ciudad.

Y a escasos dos años de la Beatificación, S.S. Pío XI presidió la solemne canonización en la Basílica de San Pedro en Roma, el 17 de mayo de 1925. Desde entonces la Florecilla sería reconocida como Santa Teresa de Lisieux. Posteriormente fue proclamada ***Patrona Universal de las Misiones,*** el 14 de diciembre de 1927.

En la plaza de San Pedro, llena de fieles procedentes de todo el mundo y en presencia de

numerosos Cardenales, Arzobispos y Obispos, durante la solemne celebración eucarística, S.S. Juan Pablo II proclamó ***Doctora de la Iglesia Universal a Santa Teresa del Niño Jesús*** y de la Santa Faz, el 19 de octubre de 1997.

A finales del mes de enero, durante febrero, marzo y principios de abril del 2001, México se vio bendecido por la visita de las reliquias de tan ilustre Doctora de la Iglesia, Santa Teresa de Lisieux, levantando a su paso un entusiasmo desbordante y avivando la fe, pero sobre todo «Haciendo caer una lluvia de rosas sobre nuestra Patria».

«Teresa de Lisieux es una joven. Alcanzó la madurez de la Santidad en plena juventud. Como tal se presenta como Maestra de vida evangélica, particularmente eficaz a la hora de iluminar las sendas de los jóvenes a los que corresponde ser protagonista y testigos del Evangelio entre las nuevas generaciones».